

elevado talento que distinguía al rey Juan II, abogaba, sin que él mismo lo supiera, á favor de la causa de Cristóbal Colon. Instintivamente tenía fé en aquel extranjero, tan pobre pero tan firme en sus exigencias. A pesar del dictámen de la Comision, continuó haciendo gran caso del plan de Colon, y nombró para que lo estudiara un elevado Consejo extraordinario, compuesto de las primeras notabilidades de Portugal.

Examinóse entónces el proyecto, ménos bajo el concepto práctico de la ejecucion, que bajo el punto de vista de los beneficios que aseguraria á la nacion portuguesa. La discusion tomó un carácter de interes general á favor de la direccion que debía darse á la marina real. La sesion fué animada y casi tumultuosa. Los prelados asistian á ella, y entre ellos se hallaba el obispo de Ceuta, que tenía doble influencia por su saber y por su titulo oficial de confesor del rey. Como es natural, su opinion era de gran peso, y como presidente de la Comision cosmográfica, habia examinado ya á fondo el mecanismo del plan, objeto de la actual discusion. Declaró que las razones expuestas por Colon no ofrecian bastante solidez, para que un rey sabio y prudente se comprometiera en semejante empresa, sin algun experimento prévio.

Prescindiendo del fin religioso de Colon, generalizó el prelado la materia, y enconó la discusion, declarándose contrario á todo nuevo descubrimiento. Haciendo prevalecer las razones de una prudencia mezquina y cautelosa, sobre el patriotismo y la propagacion de la religion cristiana que debieran haberle inspirado, trató la cuestion secamente, como lo hubiera hecho un ministro de Hacienda, que debiera, ántes que todo, equilibrar los gastos con los ingresos. En la penuria del tesoro encontró un obstáculo saludable para empresas hasta entónces más honrosas que productivas; sostuvo que, léjos de lanzarse en busca de tierras tan apartadas, seria más político ocultar su existencia y derrotero, porque el atractivo de la novedad no dejaria de excitar el ánimo belicoso de los portugueses, generalmente dispuestos á grandes empresas, y que en poco tiempo la colonizacion despoblaría el reino. Dijo que seguir por el camino de los descubrimientos, era debilitarse en el interior ántes de haberse robustecido en el exterior, y exponerse á ser invadidos. Que en lugar de descubrir nuevos territorios, era más prudente y más glorioso al mismo tiempo combatir en Berbería á los infieles, aquellos enemigos cuya vecindad era siempre un peligro.

Este lenguaje de fria circunspeccion, fundado en cálculos aritméticos, irritó en lo más delicado de su fibra el patriotismo de la junta. Pedro de Meneses, conde de Villareal, caballero de la Orden del Cristo, replicó con energia que Portugal no estaba en su comienzo; que no andaban tan escasos de recursos sus reyes, que no pudieran acudir á los gastos de la expedicion de Colon; que por ninguna causa debía cerrarse el camino tan felizmente abierto por el infante don Enrique, que

quedaria como una eterna gloria de los portugueses «el penetrar los secretos y horrores del mar Océano tan formidables á las demas naciones del mundo» (1). Que de esta manera se evitaria la ociosidad que engendra regularmente una paz prolongada; ¡la ociosidad! puerta abierta á todos los vicios en un Estado; lima sorda que roe insensiblemente la fuerza y el valor de los súbditos. Era ultrajar el nombre portugues el amenazar con peligros imaginarios á unos hombres que mostraban tanto valor é intrepidez en los peligros reales y más graves, y que las grandes almas eran para las grandes empresas.

Llegando despues al objeto que se proponia Colon, replicó el orador que teniendo finalmente aquel plan por objeto la propagacion de la fe católica, «se admiraba de que un prelado tan religioso como lo era el obispo de Ceuta, se atreviera á contradecirlo» (2). Porque, el desechar aquel ofrecimiento, ¿no seria tener quizas en ménos la gloria de Dios? ¿no seria á lo ménos hacer una mala obra el despreciar aquella ocasion de hacer resonar de uno á otro polo, la voz del santo Evangelio, tomando por órgano de semejante gloria á la nacion portuguesa, cuyos reyes podian esperar, en recompensa de su celo, grandes aumentos de imperio y aquella fama ilustre que asegura la inmortalidad? En su piadoso entusiasmo, añadió el caballero cristiano que «se atrevia aunque soldado que era, como voz y espíritu del cielo» (3) presagiar al soberano que intentara aquella empresa, un éxito feliz, mayor honra, mayor poder y crédito, á la par que una gloria más extensa en la posteridad, que no la alcanzaron nunca los más célebres héroes y afortunados monarcas.»

Este discurso fué acogido con unánimes aclamaciones; pero, la opinion del obispo de Ceuta era desfavorable á Colon áun respecto á los mismos medios de ejecucion. Su especialidad tan reconocida en materia de ciencias náuticas hizo que el Consejo, sin discutir ese proyecto, lo perdiera enteramente de vista en medio de una cuestion más vital para la monarquía portuguesa: la prosecucion de las expediciones comenzadas por el infante don Enrique y suspendidas durante el último reinado. En contra del parecer del obispo, opinó el Consejo á favor de los descubrimientos, pero pasó completamente en silencio el proyecto de Colon.

Esta sesion del Consejo es un documento precioso en la historia de Cristóbal

(1) «Penetrar los secretos y horrores del mar Océano tan formidables á las demas naciones del mundo.» —Vasconcelos, *Vida y acciones del rey don Juan el II de Portugal*, lib. IV.

(2) «Que siendo últimamente esta accion tan en aumento de la Fé católica, se admirava que un prelado tan religioso como el Obispo de Tanjar osasse contradecirla.» —Vasconcelos, *Vida y acciones del rey don Juan el II de Portugal*, lib. IV.

(3) «Que se atrevia aunque soldado, como voz y espíritu del cielo pronosticar felices sucesos, y la mayor honra y crédito con la posteridad que jamás alcanzaron los Césares y monarcas más valerosos y bien afortunados.» —Vasconcelos, *Vida y acciones del rey don Juan el II de Portugal*, lib. IV.

Colon; porque resulta de ella que en aquella época la propagacion del Evangelio era ya el objeto confesado y definitivo de su empresa.

No obstante, la manera desdeñosa ó ligera con que el supremo Consejo, por el voto de uno solo de sus miembros, había desechado el proyecto de Colon, no satisfacía ni á la justicia, ni al claro talento de Juan II. Condenar no era juzgar. Las conversaciones del cosmógrafo genoves se le presentaban á la memoria, y continuaba meditándolas. Varias veces lo manifestó á sus familiares, quienes procuraban templar el disgusto del rey. Hacíanle presente los inconvenientes que podían resultar á la real majestad, de un convenio hecho formalmente con motivo de un plan que quizás no era más que la docta ilusion de un comerciante en libros. Decíanle que hiciera la prueba del proyecto segun los propios datos suministrados por el genoves. Otros erigían en sistema las dilaciones. Querían estos cortesanos hábiles, hacer que surgieran por medio de los retardos, eventualidades que quizás aclararían gratuitamente el problema cuya solucion pretendía vender tan cara el genoves.

Sin embargo, el tiempo pasaba.

De parte de la Corte no se presentaba nada que pusiera término á la incertidumbre. Colon, firme y resuelto, armado de aquella paciencia austera que sirve de escudo á las almas fuertes, ganando su subsistencia con el trabajo de su pluma y de su compas, alimentando su alma con los libros que compraba y leía también ántes de desprenderse de ellos, adquiría, durante su forzosa inaccion, una instruccion tan variada como sólida.

Por su propio parecer se decidió finalmente el monarca á querer absolutamente arriesgar la empresa. Lo que aún le detenía, era la exorbitante remuneracion que imponía el genoves. En semejante perplejidad, uno de sus consejeros le sugirió un medio con que conciliar su deseo de expedicion y lo que llamaban la dignidad de la corona. Consistía este medio en proveer secretamente del plan é instrucciones de Colon, á un buen piloto portugues, y enviarle al descubrimiento segun la ruta indicada; y puestos ya en conocimiento de la tierra que buscaba Colon, no se estaría obligado á concederle muy grande recompensa. ¡Ay! el rey, hombre recto y habitualmente leal en sus manejos políticos tuvo la desgracia de hacerse cómplice de este innoble ardid y se hizo partícipe de él avergonzándose de si mismo. Es indudable que se le engañó con palabras astutas. Hiciéronse valer razones de Estado. En nombre de la patria se le persuadió que el interes general debía prevalecer sobre un interes privado, sobre todo cuando se trataba de un extranjero; añadióse quizás que ese desengaño seria para el genoves el justo castigo de su terquedad en no desistir de pretensiones insensatas. Finalmente, Juan II olvidó un día que era noble; y el desdichado consejero, cuya influencia experimentó aquel día de extravío, fué el doctor Diego Ortiz de Cazadilla. El hecho está probado de sobras.

Un rayo de engañosa esperanza cruzó entónces la vida trabajosamente monótona que llevaba Colon, esperando siempre. Un aviso de la Comisión científica le invitaba á depositar *sin retardo* la relacion circunstanciada de su proyecto, con las pruebas en su apoyo; de manera que se pudieron examinar á fondo la teoria y los medios de ejecucion de su plan. Incapaz Colon de suponer una felonía en un sitio tan elevado, entregó sin desconfianza el plan, las notas, los mapas, en una palabra, los medios de ejecutar su empresa. Despachóse en seguida uno de los más hábiles capitanes de la marina portuguesa con una carabela para ir, en apariencia, á abastecer las islas del cabo Verde, pero con la secreta mision de navegar hácia el Occidente, para el descubrimiento de las tierras desconocidas, conforme á las indicaciones cuya copia se le había entregado.

El mayor secreto había favorecido esta expoliacion; pero, si se habían sorprendido á Colon sus datos científicos, no se le había podido hurtar su firmeza, su fe, la superioridad de su penetrante mirada, el don misterioso, recibido del cielo, para la realizacion de su empresa. Despues de algunos días de navegacion al oeste osadamente continuado, comenzó la tripulacion á asombrarse de la extension y á alarmarse por el derrotero. Aquellos hombres temblaban ante la inmensidad. A sus temores se añadió una tempestad horrible: el Señor no estaba con ellos; el buque peligraba, espantados los expedicionarios, volvieron vergonzosamente al punto de partida, del que habían salido para la perpetracion clandestina de aquel atentado. Entónces, como sucede en semejantes casos, los cobardes se trocaron en fanfarrones y chanceros. Dentro ya del puerto, hicieron burla del proyecto del genoves, diciendo que no era más que una vanidosa extravagancia. En lo sucesivo, su misma jactancia reveló el secreto de aquella tentativa casi sacrilega.

Aquella felonía penetró profundamente como un dardo en el corazon de Colon. En su elevada rectitud ofendióse de la odiosa deslealtad real; pero, ya estaba acostumbrado á los sufrimientos del alma. Hacia ya algun tiempo que, en medio de sus tribulaciones, se había visto arrebatado por la muerte la compañera de sus esperanzas, la madre de su hijo, la noble Felipa, el único consuelo de su pobre hogar. Callóse Colon y miró al cielo.

El rey llegó, sin embargo, á saber que la carabela no había navegado durante el número de días y leguas, marcados en las instrucciones robadas á Colon, y le entraron nuevos deseos de proseguir la negociacion, con el intento de conceder ahora todo lo que por tanto tiempo había negado. Pero Colon, por su parte, á pesar de su penuria, había resuelto no tratar jamás con una corte capaz de semejantes infamias. Fingió que no comprendía, que ignoraba las nuevas disposiciones del rey. Continuó en el aislamiento sus oscuras ocupaciones. Despues, cuando supo por buen conducto, que el monarca quería absolutamente obligarle por un tratado para su empresa, hallándose muy decidido á no ceder, y debiéndolo temer todo de los

consejeros de la corona, si insistía en su negativa, realizó silenciosamente lo que podía corresponderle de los bienes de su mujer, preparó prudentemente su partida, y á últimos del año 1484, huyó secretamente de Lisboa, llevándose consigo á su jóven hijo Diego, cuyas delicadas facciones recordaban la belleza de su madre.

Cristóbal Colon se escapó de Portugal por mar.

Hizose á la vela para Génova.

A pesar de la negativa de la serenísima República que había tenido el dolor de experimentar algunos años ántes, sacaba de su patriotismo el valor necesario para arrostrar otra vez las dudas y desdenes de su ciudad natal. Se halla positivamente probado que Cristóbal Colon estaba en Génova, en la primavera del año 1485. El historiador real don Bautista Muñoz ha puesto en evidencia este hecho. El señor Humboldt lo admite con seguridad, y sólo añade que estuvo allí poco tiempo, lo cual es cierto (1). Su deseo de asegurar á su país inmensos beneficios le inducía á insistir cerca del Senado; pero dificultades formales distraían la atención del gobierno de un proyecto que parecía cuando ménos extravagante. Los recursos de la República no le permitían privar á su armada de algunos buques, para probar aventuradamente una expedición que ningun precedente justificaba. Colon no sacó de este viaje más satisfacción que la de ver otra vez en Savona á su respetable padre, presentarle su nieto, y atraer la bendición del anciano obrero sobre la cabeza de aquel niño que un día debía emparentar con las dos casas soberanas de España y Portugal.

El corazón del antiguo cardador se estremeció sin duda de júbilo al escuchar los proyectos de su hijo; porque, si Domingo Colon sabía las negativas de las dos Repúblicas, y la codicia de Portugal, conocía también su fuerza de resolución, su viva fe, y hasta presentía confusamente la superioridad científica de su primogénito. Sabía que Cristóbal había proyectado dar la vuelta á la tierra, llegar de esta manera hasta las naciones idólatras, que ignoraban la venida del Cristo, y hacer brillar ante sus ojos el estandarte de la salvación! Esas efusiones secretas rejuvenecían el alma del anciano presentando á sus ojos perspectivas llenas de noble esperanza. Semejantes grandezas, entrevistas desde el umbral de la tumba, trocaban en espléndida aurora el crepúsculo de sus postreros días. Eran á un mismo tiempo una indemnización de sus largas tribulaciones, y una recompensa de los ejemplos así como de la educación cristiana que había dado á sus hijos.

Créese que la vuelta de Domingo Colon á la ciudad de Génova se verificó en aquella época, y muy probablemente fué su mismo hijo quien le llevó á ella.

(1) Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. II, § XXI. — Humboldt, *Historia de la geografía*, etc., tom. I, pág. 19.

Después de la muerte de su esposa, privado de los cuidados que le eran necesarios en su edad, no pudiendo ya ejercer su antiguo oficio, ni cultivar la pequeña propiedad de Valchande, de la cual no le había sido satisfecho el precio del arriendo, naturalmente echaba de ménos el anciano cardador la ciudad de Génova, á la que le unían sus recuerdos infantiles, sus lazos de parentesco y de antiguo compañerismo. Volvió pues á ella, de muy buena gana, y según parece, se estableció en el barrio de San Estéban, cerca de la puerta del Arco.

Después de haber colmado de gozo el corazón del venerable anciano con su ternura, durante su corta permanencia en su patria, y subvenido á sus necesidades, para todo el tiempo que estuviera ausente, dió Cristóbal Colon una mirada á las monarquías cristianas de Europa, para escoger aquella que había de compartir la honra de asociarse á su plan.

Por su celo en defender la fe, su intrepidez en rechazar á los moros, por su carácter caballeresco, sus recursos marítimos, sobre todo por la gran nombradía de sus dos soberanos, que entónces reinaban juntos, Fernando de Aragon é Isabel de Castilla, parecióle que la España merecía su preferencia. Dióselo pues en su interior, y se consideró como obligado á ella. Después, al soplar el primer viento Este, se embarcó para dicho reino, sin haberse preparado en él ninguna relación ni apoyo alguno, sin haberse provisto de ninguna carta de crédito ó de recomendación, entregándose á la sola protección de la Providencia.